

LIBRO VIGÉSIMO

I

La sultana Validé, madre de Soliman, habia introducido en el harem de su hijo una esclava rusa, polaca ó circasiana, de extremada belleza, llamada Roxelana. Algunos historiadores franceses atribuyen otro origen á esta esclava. Pretenden que habia nacido en el mediodía de Francia, que algunos piratas de Túnez la habian robado de niña en las costas de la Provenza, y la habian vendido en Constantinopla al jefe de los eunuços de la sultana Validé. Ningun

documento auténtico, ninguna verosimilitud siquiera justifica este novelesco origen de la sultana que gobernó la corte y el imperio, dominando en el corazón de Soliman. Todos los historiadores griegos ó italianos, contemporáneos de Roxelana, están acordes en llamarla la *Sultana rusa*, fuese porque en efecto naciese de raza moscovita, fuese mas bien porque robada, como solía suceder en aquella época, por bandas de cosacos á los circasianos ó los polacos, vendida á los rusos y revendida por estos á los comerciantes griegos del mar Negro, hubiese aparecido como rusa en el mercado de esclavos de Constantinopla. Sus facciones caucasicas y su carácter flexible, seductor y salvaje como el de estas razas destinadas desde su nacimiento á la esclavitud, parece que la asemejaban mas á las jóvenes de la Circasia que á las de Europa. Parecia que ella misma ignoraba su origen; no habia conocido mas familia y patria que los harenes y los eunucos. Su belleza, á juzgar por los retratos ó la tradicion del serrallo, atestigua esta mezcla de sangre asiática y tártara en que los ojos negros, las sedosas cejas, la palidez mate de su rostro, el abandono propio de las bellezas persas, contrastaban con la redondez del rostro, la nariz levantada, los gruesos labios y el encendido color de su piel, rasgos peculiares de las jóvenes del Cáucaso.

Cualquiera que sea el origen de Roxelana, la educacion que le habia dado la sultana madre para hacerla digna de poseer el corazón de su hijo, la habia hecho á los quince años la maravilla y el misterio del haren de la sultana Validé. Su inteligencia cultivada iba á la par con sus hechizos; reunia al conocimiento de las artes sensuales de la música y el baile que se enseñaba á las odaliscas para el recreo de las sultanas y del sultan, el estudio de las lenguas extranjeras, de la historia y de la poesia, que daba mas carácter á su juvenil fisonomia.

II

Soliman II no habia tenido hasta entonces mas mujer que una esclava circasiana; la ley reciente del imperio exigia que los sultanes no escogiesen sus esposas entre las mujeres libres de sus súbditos, ni entre las princesas extranjeras, para que ningun lazo político de parentesco ó de favor no alterase la soberana imparcialidad del señor supremo, que superior á sus súbditos por su rango, fuese inferior á ellos por su madre, y que el último de los otomanos, llamando

al sultan el *hijo de su esclava*, se sintiese igual y aun mas elevado que su padischah.

Esta esclava circasiana, primer amor de Soliman, habia conquistado su cariño, que aumentó el lazo de cuatro hijos que le dió antes y despues de reinar. Ninguna rival le habia arrebatado hasta este dia las miradas del jóven sultan; su corazon, en amor y en amistad, era de aquellos que se aficionan en lugar de saciarse con los goces. Habia amado locamente á la circasiana, y no buscaba otra pasion. Pero como la muerte le robara tres de los cuatro hijos que habia tenido con ella, la sultana Validé temia que el imperio se fiara á tan frágil esperanza. Sin aborrecer á la Circasiana, deseaba inspirar otro amor á su hijo. El dia en que por la primera vez, en una fiesta dada por la sultana madre, vió Soliman los encantos de Roxelana y descubrió su talento, la mas profunda pasion se apoderó para siempre de su alma. Roxelana, elevada al rango de odalisca favorita, participó oscuramente al principio, á las claras despues, del favor del sultan. La pasion que incendió en su pecho pasó de los sentidos á su alma. Madre de dos hijos, delicias de sus ojos, confidente de su política, reina del serrallo, recuerdo triste de su corazon en la guerra, recompensa de su gloria á la vuelta de sus expediciones, no solo reinaba en el haren sino en el imperio.

Sumisa á la sultana Validé, modesta y cariñosa con la circasiana, estimulaba al sultan á respetar á su madre, y calmaba con sus dones y su subordinacion los celos de la primera esposa. Estas tres mujeres, viviendo en una armonia que constituia la felicidad del sultan y el reposo del haren, se combinaban en su ternura, en su vigilancia, y en su ascendiente sobre sus resoluciones.

Se cree erradamente que los harenes de los príncipes de Oriente son agenos á la política. Se los juzga como gineceos (1) poblados de innumerables odaliscas, alternativamente exaltadas por el capricho del señor ó envilecidas por su cansancio, pero extrañas en su encierro á los intereses mundanos. No hay cosa mas contraria á la religion, á las costumbres y á la historia de los sultanes otomanos. Las odaliscas, que se convierten á menudo en concubinas, forman, por lo general, el acompañamiento de los sultanes, esclavas privilegiadas del serrallo, adorno de las fiestas del haren. Independientemente de las madres, de las tias, de las hermanas del sultan, que viven en constante familiaridad con su hijo, su sobrino, su hermano, que poseen palacios y pensiones pingües administrados por sus agentes, las esposas ó favori-

(1) Habitación de la esposa griega.

tas del sultan se mezclan en todos los negocios que agitan al divan, á la córte ó al imperio. Los eunucos, intermediarios degradados, pero privilegiados entre ellas y el mundo, les hablan libremente de los negocios de Estado. Los kyayas de los sultanes, especie de curadores de sus bienes, y ministros particulares de sus intereses, son elegidos por lo comun entre los primeros funcionarios del serrallo ó del ejército. Estos ministros comunican libremente con ellas para recibir sus órdenes ó darles cuenta de su desempeño á través del velo ó de la cortina que oculta su rostro. Ellos las informan de todo lo que puede servir ó perjudicar sus intereses; ellos les inspiran afecto ú antipatía hácia los hombres de Estado; conciertan con ellas las insinuaciones, las palabras, las intrigas que pueden ser útiles á sus protegidos y nocivas á sus enemigos. Así, todos los partidos exteriores tienen echadas raíces en el corazon de las madres, de las hermanas, de las esposas, de las favoritas del haren. Las facciones políticas son allí tanto mas activas dentro, cuanto son mas negligentes fuera. Sean las que fueren las leyes, las costumbres, las religiones, la mujer no pierde nunca su influjo en el ánimo del hombre; ella los trasforma. Las opiniones de los círculos en el Occidente son intrigas en los harenes de Asia; pero medios diferentes fundan las mismas influencias.

III

Mucho tiempo hacia que la omnipotencia del favorito, del gran visir Ibrahim, cuya ambicion se revelaba cada vez con mas insolencia, habia inspirado recelos á las tres sultanas de Soliman. Su lenguaje en las conferencias para la paz con el Austria revelaba que hacia alarde de dominar á su señor. No contento con la amistad que lo habia elevado á tanta altura, codiciaba ponerse al nivel con su bienhechor. El trono de Hungría lo habia tentado; aun se asegura que le parecia demasiado subalterno para él y que pensaba en el de los otomanos, acostumbrados á verle mas bien como colega que como ministro de Soliman. Como para presagiar á los demás su grandeza futura, habia agregado á todos sus títulos, durante la guerra de Persia, el título de sultan, especie de privilegio sagrado reservado por el uso á los jefes y á los príncipes de razas soberanas.

Soliman habia visto en este orgullo el primer sintoma de la ambicion del flautista de Magnesia. La

desconfianza y los celos penetraban por la primera vez en su alma.

Un sueño, semejante á un remordimiento, que habia tenido en Bagdad pocos dias despues del suplicio de Iskender, perturbaba, tiempo hacia, su reposo. Habia creído ver al defterdar, inmolado por la envidia de Ibrahim, coronado en el cielo con la aureola de su inocencia, y echándole en cara con enojo el haber sacrificado á uno de sus mejores servidores por satisfacer la ambicion de un visir que no podia sufrir rival ninguno, ni aun al mismo emperador. Despues de estas quejas, el fantasma de Iskender se habia inclinado hácia el sultan para extrangularlo. Soliman se habia despertado lleno de terror.

Este sueño era efecto de las meditaciones que lo agitaban de dia. Habia llevado su amistad hasta los límites de la flaqueza; esta amistad, convertida en temor y remordimiento, lo castigaba por su exceso. La sultana Validé y su favorita Roxelana sabian cual era su agitacion. Estas dos mujeres la envenenaban enumerando los favores que habia dispensado á un favorito soberbio siempre, criminal ya, pronto ingrato, y que apoderándose, decian ellas, á la vista de los otomanos, de todo el mérito y de toda la gloria de su reinado, dejaba solo al sultan la responsabilidad de sus crímenes. Exponíanle como revelaciones

sinistras los rumores vagos de conspiraciones y de usurpacion que se oian en el haren contra Ibrahim. Soliman comenzaba á temer al amigo á quien tanto habia engrandecido. Dueño del ejército, de los genizaros, de los ulemas, de los altos empleados del serrallo que le debian su fortuna, y que se habian acostumbrado á ver en él la sombra del sultan, Ibrahim podia eclipsar con una palabra á su señor, llamar á un niño al trono para perpetuar su imperio con la minoridad, ó quizá acabando de un golpe con toda la familia imperial, proclamarse como cuñado del sultan y padre de un hijo descendiente de Othman, tutor y dueño vitalicio del imperio. La audacia con que habia tomado el titulo de sultan sin permiso de Soliman parecia una preparacion á este crimen. Estos presentimientos de la trama á que daban cuerpo las angustias del sultan y las sordas murmuraciones del serrallo, fueron quizá agravadas por algunos indicios domésticos que no permitieron á Soliman vacilar mas entre la amistad y la seguridad del trono. Pero revelar sus sospechas era prevenir al conspirador para que anticipara la ejecucion del crimen; era menester anticiparse para lograr buen éxito. Soliman, por el interés de su vida, de su trono y de su familia, ocultó á todos, excepto á su madre y á las dos sultanas, la resolucion que adoptaba con tanta

pena. Disimulado por prudencia, no dejó descubrir en su fisonomía ni sus sospechas, ni su proyecto de venganza. En tanto que meditaba la muerte del rival, continuaba halagando al amigo.

IV

Por un privilegio de favor que databa de su juventud en Magnesia, la familiaridad de Ibrahim, á quien el sultan trataba como hermano, no se paraba siquiera ante la puerta del haren. Tenia costumbre de venir todos los dias despues del divan á cenar con Soliman en el palacio de sus mujeres; se acostaba en su propio cuarto en una cama que los eunucos le preparaban junto á la del sultan. En la noche del 5 de marzo de 1536, Ibrahim cenó con Soliman sin desconfianza, y se durmió á los piés de su señor. Soliman fingió tambien dormirse; pero apenas se quedó traspuesto Ibrahim, á una señal convenida entre el emperador y las sultanas, cuatro mudos, instrumentos de las ejecuciones secretas del haren, apostados en una habitacion próxima, levantaron la cortina y precipitándose sobre Ibrahim con el cordon en la mano,

le echaron el nudo al cuello, y lo despertaron sobresaltado para morir. La lucha del jóven y vigoroso albanés contra los cuatro mudos no fué ménos terrible que su estupor, á juzgar por el tumulto que se oyó aquella noche desde los jardines, por las contusiones que tenia el cadáver del favorito, y por las señales de sus sangrientas manos que se mostraban un siglo despues en las paredes de la habitacion. Corrió el rumor de que el sultan habia vengado con esta muerte, no solo un crimen político, sino tambien algunos de esos atentados domésticos, misteriosos, imperdonables, que en su familiaridad del haren habia podido cometer la audacia del jóven visir.

Sea como quiera, el serrallo al despertar supo la desgracia de Ibrahim, viendo su cadáver en la puerta del haren. Si tenia un partido, su muerte lo desbarató; si era inocente, la envidia lo declaraba culpable. Nadie se compadeció del hombre que cayó en una noche de lo alto de su fortuna y de su poderío en brazos de la muerte. Ibrahim habia abusado por lo ménos de su prosperidad, crimen de los advenedizos. La suerte le pareció un derecho, y su amigo el instrumento de su suerte. Habia servido á su señor, pero habia acabado por servirse á sí mismo bajo el nombre de sultan. Prodigio de favor, prodigio de ingratitud, lo fué tambien de la versatilidad del

hado. Un día lo había elevado, una noche lo derribó. El sultán, después de haber dejado contemplar su cadáver, como para atestiguar su crimen, ordenó que lo sepultasen casi oscuramente en Galata, en el jardín de un pobre convento de dervises. Su único monumento fué un ciprés, semejante á aquel á cuya sombra había encontrado el padischah catorce años antes cerca del arroyo de Magnesia al jóven esclavo, tocador de flauta. Sus innumerables esclavos y sus incalculables riquezas volvieron al manantial de donde habían salido, á los bienes del serrallo.

Los historiadores otomanos observaron que Ibrahim fué estrangulado el mismo día en que murió César en el senado de Roma, como si la historia del ambicioso romano, que el griego ambicioso estudiaba sin cesar en Plutarco, hubiese querido señalar proféticamente la misma fecha al castigo de la ambición, próspera largo tiempo y defraudada al fin. Pero el visir, restaurador de la autoridad de su señor, vencedor de los húngaros, sitiador de Viena, domador de Tauris, conquistador de Bagdad, muerto sin reverses, y tal vez sin mas crimen que el de su grandeza, no dejó de ofrecer, aunque jóven, el ejemplo de uno de los ministros mas entendidos y afortunados del imperio otomano.

V

Ayas-Bajá recibió al día siguiente el sello del imperio que quitaron los mudos al cadáver de Ibrahim. Ayas-Bajá era un griego, albanés como su predecesor, que había adoptado el islamismo en su juventud con la indiferencia que caracteriza la promiscuidad de los cultos en la Albania. Tres hermanos suyos, educados en la religion cristiana, eran frailes de un convento de Valona, patria de su madre. Su recuerdo y el de sus hermanos, junto con el hábito de ver profesar dogmas diversos, lo hacian propicio y aun parcial en favor de los cristianos. No tenia ni el genio, ni los inconvenientes del carácter de Ibrahim. Su mérito á los ojos de Soliman consistia en no poder jamás ni eclipsarlo ni venderlo; gozaba de una reputacion modesta pero asentada. Solo se le atribuia una pasion que enerva, pero que entre los otomanos no deprava, la de los deleites sensuales. Tan crecido era el número de las favoritas y esclavas que poblaban su haren en Constantinopla, que una vez se contaron en un año cuarenta cunas en su serrallo, y

á su muerte, dejó, segun la crónica, ciento veinte hijos de ambos sexos para perpetuar su estirpe.

Ayas-Bajá, sin pretender gobernar él solo, se contentó con ser el instrumento flexible é íntegro del sultan. El imperio, bajo este señor que habia permitido por generosidad que se atribuyeran sus obras á su favorito, no se apercibió de la transicion de un visir al otro. La inteligencia y el corazon de Soliman se revelaron mejor que nunca despues de la muerte de su ministro.

VI

La fortuna acababa de suscitarle el único hombre que faltaba á los otomanos, un hombre de mar. Este hombre era Khaireddin, conocido en Europa en las tradiciones populares de las costas con el nombre de Barbaroja. Su historia, despojada de las fábulas que la adulteran, está dictada por el mismo Soliman al analista turco de las guerras navales de los otomanos.

Khareiddin Barbaroja era el cuarto hijo de un spahi de Macedonia, llamado Yacub, retirado del ser-

vicio y establecido en Mitylene para comerciar con Esmirna y con las costas de Africa. Sus hijos, codiciando una fortuna mas rápida que la que se adquiere lentamente por medio del tráfico, armaron barcas piratas en el Archipiélago. Sus empresas, y los despojos de los buques cristianos de Rodas, Venecia y Francia, llevaron su fama hasta Túnez, cuyo sultan los recibió en sus escuadras de corsarios, y, les dió muy pronto el mando de algunas expediciones á los puertos de Africa poseidos por los españoles. Los tres hermanos de Khaireddin perecieron combatiendo con él contra los españoles, á quienes les quitaron Argel.

El último señor de Argel hizo homenaje de la soberanía de esta ciudad á Selim I para que le prestara ayuda contra los cristianos y los berberiscos. Selim I le envió como signo de investidura un caballo, el sable y el tambor, atributos del sandjak y el título de beglerbeg. Construyó y armó flotas, desembarcó á menudo en Sicilia, aterró las costas de Italia, de España y de Francia, quemó las naves de estas potencias, peleó con Andres Doria, el héroe naval del Occidente, lo venció, se apoderó en Andalucía de ochenta mil esclavos moros y los trasportó á Argel para poblar el Africa. Llamado á Constantinopla por Soliman llevó consigo cuarenta y cinco

bajeles que dispersaron al cruzar el Adriático, la flota combinada que capitaneaba Andres Doria.

El sultan le encomendó la construccion y el armamento de la marina. Creador y almirante á la vez de la flota otomana tomó posesion del Mediterráneo, como si fuera su elemento. Se dirigió á las costas de Italia, quemó buques, destrozó los puertos de la Calabria, pensó en conquistar la Sicilia y Malta, se apoderó de los castillos y de los pueblos situados en las orillas del golfo de Nápoles, hizo cautivos á sus habitantes, y extendió por todas partes el terror del nombre de Barbaroja, sustituido al de Khairuddin. Las guarniciones del papa y del rey de Nápoles no eran suficientes para proteger sus ciudades. Desembarcos nocturnos é invasiones repentinas llevaban al interior á los piratas del almirante otomano.

En una de estas noches siniestras fué tomada y saqueada por Barbaroja la ciudad de Fondi, sitio abrigado y delicioso entre Roma y Nápoles, sin que la librasen los muros y torreones que la circundaban. No instigó al almirante, al asaltar á Fondi, ni la sed de sangre ni la del pillaje. La fama de la belleza de dos hermanas, hijas del príncipe Gonzaga, habia ido de Italia á Constantinopla, propagada por los versos de los poetas y las narraciones entusiastas de los peregrinos. Una de ellas, semidivinizada por los cantos de

los italianos y de los españoles bajo el nombre de Juana de Aragon, vivia en Roma; la mas jóven y mas hermosa, Julia, habitaba en Fondi, en el palacio de su marido, Vespasio Colonna, príncipe romano. Khairuddin deseaba ardientemente ofrecer á Soliman esta Elena de Italia. Informado por sus espías de que Julia residia en Fondi durante el estío, boga con una numerosa escuadra en el golfo de Gaeta, desembarca con setecientos turcos en la costa, atraviesa silenciosamente los olivares, sorprende á los centinelas, escala los muros, y despierta sobresaltada, con el hierro y el fuego, á la ciudad dormida. Todo parece ó huye ante sus sicarios; centenares de mujeres medio desnudas son impelidas con el sable en la mano hácia la playa. Mientras embiste el palacio de Colonna, que indican los espías á sus soldados, Julia, sorprendida durmiendo, se evade medio vestida por sus jardines, que comunicaban al campo. Un caballero suyo, encargado de proteger el palacio en ausencia de su marido, la sigue con la espada desenvainada, resuelto á morir en defensa de su honor. La coloca por delante en su caballo, y parte sosteniendo á la fugitiva en sus brazos á través de las tinieblas oyendo los gritos de las víctimas, y viendo el resplandor de la ciudad incendiada, que deja á sus espaldas. Los turcos lo persiguen en vano hasta las gargantas

de las montañas; su presa codiciada se les escapa, gracias al generoso caballero. La aurora derrama su luz sobre Julia y su salvador, detrás de las colinas de los Abruzos; pero el pudor de Julia se ruboriza y se indigna de haber sido profanada por las miradas de su servidor. El caballero, asesinado algunos días después por su orden, recibe la muerte en recompensa de su irreverente abnegación.

Los soldados de Khairaddin, furiosos con la pérdida de su presa, se vengaron devastando los altares y los sepulcros del palacio de Colonna. Esta horrible noche del saqueo de Fondi resonó en toda la Italia, y acrecentó el terror del nombre de Barbaroja en aquellos mares. Los pintores pusieron en todas partes el retrato de Julia de Colonna, causa involuntaria de la ruina de su patria.

VII

Nombrado capitán-baja, Barbaroja conquistó á Túnez y el fuerte de Goleta. Andres Doria los recobró tras de un heróico sitio con el ejército de Carlos V. Los españoles, al volver á entrar en Túnez, repro-

dujeron los horrores de los turcos. Treinta mil mahometanos fueron pasados á cuchillo por el crimen de mahometismo: diez mil esclavos, reducidos á la condicion de brutos. Las mezquitas fueron derruidas; el robo y las violaciones señalaron la entrada de Carlos V; solo sus tropas alemanas no imitaron el sanguinario fanatismo de los españoles. El emperador entregó Túnez á Mulei-Hassan, imponiéndole un vasallaje que degradaba su soberanía.

Durante estos acontecimientos de Africa, Soliman II, en una tercera campaña de Persia, volvía á Tauris y á Bagdad, y trataba á los persas mas bien como súbditos que como vencidos. Una disciplina severa y una magnanimidad política hacian respetar en estas capitales las vidas, las costumbres, la religion de los habitantes; esta campaña le valió tanta gloria como bendiciones.

Barbaroja decidió al sultan, á su regreso á Constantinopla, á que declarase la guerra Venecia. Los bajeles de la república habian ido en las expediciones de Andres Doria, almirante de las escuadras combinadas de España y de Italia á la Morea. Luis Gritti, el hijo natural del dux de Venecia Andrés Gritti, confidente y consejero del divan bajo el ministro Ibrahim, habia perecido asesinado por un albanés. Su influjo no protegía ya á su patria. Soliman II, con-